

nunciar la palabra neutralidad, palabra que, según decía, escribía con sentimiento y sólo obligado por las circunstancias en que se encontraba su país. Este lenguaje no armonizaba con el tono caluroso empleado al principio de la comunicación; de aquí que el Sr. de Beust, avanzando de nuevo, se apresurara á explicar que aquella neutralidad, propiamente hablando, no era tal, añadiendo: «Es simplemente un medio de acercarnos al verdadero objetivo de nuestra política, el medio único de completar nuestros armamentos sin exponernos á un ataque repentino de Prusia ó de Rusia antes de encontrarnos en condiciones de poder defendernos.» Estos aplazamientos habían de utilizarse en preparar por las negociaciones diplomáticas la cooperación militar; pero la corte de Viena formulaba un deseo y era el de no obrar sola. Al decir esto significaba que quería concertarse con Italia, ya porque juzgara más eficaz y más segura la acción común, ya porque proponiendo negociaciones con un tercero presintiera objeciones ú obstáculos que habían de retrasar aún más los compromisos definitivos.

Para gestionar cerca de la corte de Florencia no había esperado Napoleón las sugerencias del Austria, sino que ya en 8 de julio el Sr. de Gramont había telegrafado al Sr. de Malaret en los siguientes términos: «Si la obstinación de Prusia hace necesaria la guerra, Francia cuenta con el apoyo de Italia.» Dos días después, el emperador, en una entrevista que celebró con el Sr. Vimercati, había invocado la confraternidad de armas entre los dos pueblos y la amistad de Víctor Manuel (1). Sin embargo, el conflicto despertaba en Florencia mayor embarazo y más perplejidades aún que en Viena: por una parte, las últimas economías del presupuesto habían determinado grandes reducciones en el ejército; y por otra, si los italianos estaban descontentos de Prusia desde el despacho *Usedom*, no menos lo estaban de Francia desde Mentana, organizándose en las grandes ciudades manifestaciones en favor de la neutralidad. El rey, lealmente agradecido á los servicios pasados, mostrábase inclinado á la intervención, de la que eran también partidarios la mayor parte de los militares, y el ministro de Negocios extranjeros, señor Visconti-Venosta, que era de origen lombardo y conservaba el recuerdo de Milán emancipada, hubiera asimismo querido que su país ayudara á Francia; en cambio, el Sr. Sella, uno de los personajes más importantes del gabinete, temía la magnitud de los riesgos, oponía á los antiguos beneficios los dispendios recientes y aconsejaba la contemporización. Pero aun entre nuestros mejores amigos el agradecimiento no llegaba hasta la idea de una ayuda gratuita; todos, en una forma más ó menos atenuada, expresaban el deseo, la voluntad de que Roma fuese el precio del concurso. Este deseo era patrocinado muy calurosamente por el Sr. de Beust, el cual, ¡cosa extraña!, se mostraba más apremiante que los mismos interesados, y rogaba y suplicaba que se quitase á los italianos su *espina romana*. No es muy aventurado atribuir esta insistencia del primer ministro á un cálculo muy refinado: en efecto, Francia, ante aquella pretensión, formularía objeciones, y éstas, al prolongar la inacción de Italia, prolongarían tam-

(1) Nigra, *Ricordi diplomatici*, págs. 13-14.

bién la inacción de Austria, con lo cual se irían ganando días y se retrasaría el momento de la primera batalla.

De manera que aquella desdichada cuestión romana, imprudentemente promovida por la guerra de 1859 y fastidiosamente discutida durante los años siguientes, iba á complicar las negociaciones del imperio en sus postrimerías. Los ministros del 2 de enero, que eran capaces de cometer grandes faltas, pero no una villanía, se negaron á borrar la firma que Francia tenía puesta en un tratado solemne á cambio de la posibilidad de una cooperación, muy regateada y además muy incierta. El Convenio de 15 de septiembre no sería denunciado: tal fué la opinión que expresaron el emperador, el duque de Gramont y Emilio Ollivier. El gabinete de las Tullerías, manteniendo en su integridad el derecho internacional, concedió á los hechos lo que no podía quitarles, es decir, que decidió retirar las tropas de ocupación, resolución que justificaba la prudencia, aparte de la necesidad de concentrar todas nuestras fuerzas, ya que en caso de una derrota, ¡cuál habría sido la situación de aquel débil cuerpo abrumado tal vez por las partidas revolucionarias y no representando más que á un pueblo vencido! Por esto los transportes que habían surcado el Mediterráneo para traer nuestros contingentes argelinos, hicieron escala en Civitavecchia para recoger allí á los guardianes del Estado pontificio; en lo sucesivo el papa correría la misma suerte que Francia. Aquella medida, bien que impuesta por la necesidad, no dejó de producir el efecto de que con ella menguaba nuestro prestigio: los pliegues de nuestra bandera no eran ya bastante amplios para proteger nada fuera de la patria.

La retirada de nuestras tropas, aun suavizada por la subsistencia del tratado de 15 de septiembre, abría á los hombres de Estado italianos demasiadas perspectivas halagüeñas para que rechazaran en absoluto toda negociación. En el entretanto, concibióse en Viena un plan que consistía, no en fundar una triple alianza, sino en firmar entre Austria é Italia un tratado por el cual ambas potencias estipularían la neutralidad armada, y en cuanto estuvieran prontas á entrar en campaña, exigirían de Prusia el compromiso de no emprender nada contra el *statu quo* establecido por el tratado de Praga; y como Prusia se negaría seguramente á acceder á tal pretensión, estallaríala guerra de acuerdo con Francia. Dos agentes diplomáticos, uno austriaco y otro italiano, el Sr. de Vitzthum y el Sr. Vimercati, fueron los intermediarios encargados de transmitir entre París, Florencia y Viena los propósitos de los gobiernos.

En este estado se encontraban las negociaciones á fin de julio. Mas aquellos planes eran tan inciertos, aquellas simpatías tan tímidas, aquellas cuasi promesas tan egoístas, que lo más seguro era no contar con nadie; así es que mientras aquellos mensajeros oficiosos de Austria y de Italia recorrían la Europa en busca de una fórmula bastante flexible para mantener la alianza en caso de un triunfo y para autorizar la deserción en caso de una derrota, en el castillo de Saint-Cloud se hacían todos los preparativos para que el emperador fuera á reunirse con el ejército.

A las ruidosas demostraciones de los últimos días habían sucedido disposiciones más sosegadas, y los cortesanos esperaban con cierta sorpresa y con un ligero,

muy ligero principio de inquietud los éxitos predichos, las cooperaciones anunciadas. Nuestro agregado militar en Viena, el coronel de Bouillé, acababa de comunicar que Austria no comenzaba preparativo militar alguno; y habiéndose divulgado esta noticia, aquella inacción produjo gran asombro en todos menos en el Sr. de Gramont, que persistía en su optimismo. En tanto, el emperador, meditabundo y abatido, parecía encarnar el sentimiento fatídico de una fortuna próspera para siempre agotada. Dos días antes de la partida, el limosnero mayor, Monseñor Darboy, fué llamado al palacio para decir misa; el emperador, la emperatriz y el príncipe imperial comulgaron, y cuando el santo sacrificio hubo terminado, el arzobispo, dirigiéndose al monarca, hizo votos por la victoria. Napoleón contestó en términos melancólicos y se extendió largamente sobre las probabilidades inciertas de la guerra (1), después de lo cual el soberano, sobre el cual pesaba ya la fatalidad de la derrota, se despidió del prelado á quien la suerte tenía ya destinado al martirio. Los militares que por su edad ó por sus achaques no podían tomar parte en la guerra acudieron todos á ofrecer sus respetos al príncipe. El emperador confió al viejo mariscal Randón su descorazonamiento: «Soy viejo, le dijo, poco válido y muy poco apto para una campaña (2).» Uno de los generales agregados á la casa imperial, el general Lepic, deploró que su servicio le retuviera en París y solicitó un puesto más activo, á lo cual respondió Napoleón: «Os dejo un puesto de honor en el que tal vez correréis peligros tan graves como los del campo de batalla... ¡Quién sabe si volveremos á vernos (3)!» El 28 era el día fijado para la marcha, y se cuenta que en aquel momento mismo sintió el soberano verdadero miedo, ¡hasta tal punto las noticias del ejército denunciaban una preparación insuficiente y los despachos llegados del extranjero presagiaban el abandono! Por un instante, según se afirma, pensó en entrar en tratos, costara lo que costase, con el rey Guillermo, habiendo sido preciso demostrarle con abundantes razones la inutilidad de semejante propósito que no haría sino comprometer á la dinastía y á Francia (4). Queriendo evitar á toda costa las fanfarronadas guerreras, había resuelto que el cortejo imperial no atravesase París. A las nueve y media de la mañana los ministros se reunieron en Saint-Cloud, y el emperador, después de haberse despedido de ellos con afectuosa cordialidad, les dijo, tratando de infundirse ánimos á sí mismo: «Ahora parto bajo buenos auspicios (5).» A las diez apareció en la puerta de palacio el soberano, vestido con el uniforme de general de división; á su lado estaba la emperatriz, alentando con entereza algo fingida á los menos animosos; el joven príncipe, que estaba monísimo con su uniforme de subteniente de granaderos, llevaba en su rostro las señales de lágrimas recientes, pero visiblemente reunía todas sus energías y sonreía al porvenir como si le quedarán muchos años de vida. A un extremo del parque

(1) Cardenal Foulón, *Vie de Mgr. Darboy*, pág. 473.

(2) Mariscal Randón, *Mémoires*, tomo II, pág. 308.

(3) *Le Figaro*, 13 de junio de 1895.

(4) Entrevista del mariscal Lebeuf con Monseñor Dupont des Loges. (Véase *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el P. Klein, páginas 278-279).

(5) Relación inédita de M. Louvet, ministro de Comercio.

reservado habíase instalado una pequeña estación, de la que partía un corto ramal que enlazaba con la línea de Versalles; allí permanecían desde la mañana varios furgones de equipajes, que algunos consideraban demasiado numerosos para un viaje de soldado; allí había de consumarse la separación. Altos dignatarios, familiares y cortesanos rodearon al soberano con una deferencia en la que se mezclaba sincera pena: ¡tan bueno, sencillo y benévolo era el que partía! A pesar de ser verano, la claridad era pálida, el cielo estaba cargado de nubes y sobre la arena de las alamedas se veían ya algunas hojas secas; y en los intervalos de silencio oíanse breves y triviales frases con que algunos intentaban disimular la ansiedad de la despedida. La emperatriz, siguiendo una costumbre española, trazó un ancho signo de la cruz sobre la frente de su hijo, y no ya cariñosa, sino apasionadamente le recomendó que cumpliera su deber, todo su deber. El emperador miraba vagamente á todos lados sin fijar los ojos en nada, y decía de cuando en cuando algunas palabras dulces, resignadas y tristes. Cuando el tren echó á andar, divisó á uno de sus chambelanes: «Du Manoir, le dijo, no me he despedido de usted (6):» estas fueron las últimas palabras suyas que se oyeron. Cerca del paso á nivel de Montretout, algunos habitantes de aquellos sitios, agrupados junto á la vía, saludaron al soberano con sus aclamaciones. Por última vez se dejó ver la gran capital ostentando por encima del bosque de Boloña sus torres, sus campanarios, el Arco de triunfo, la cúpula de los Inválidos, todo cuanto recordaba á la Francia gloriosa; después desaparecieron de la vista del emperador Saint-Cloud, que antes de poco había de ser destruído, y París, que nunca más había de volver á contemplar.

IV

Mientras en Francia á la exaltación de los primeros días sucedía un principio de inquietud, nuestros enemigos proseguían metódicamente sus preparativos: en la noche del 15 al 16 de julio habíase expedido la orden de movilización y los días siguientes iguales órdenes para los Estados del Sur salieron de Carlsruhe, de Munich y de Stuttgart.

El gobierno prusiano había tenido constantemente la previsión de asegurarse, con miras á la lucha futura, una superioridad numérica decisiva. Las fuerzas alemanas inmediatamente disponibles elevábanse á 519.000 hombres de todas las armas, y la artillería contaba con 1.584 piezas; pero en esta enumeración no se incluían las guarniciones ni los depósitos que comprendían más de 300.000 hombres, con los cuales se podrían llenar sobradamente las bajas de la guerra. Estos cálculos representaban, no la cifra de los racioneros, sino la de los combatientes, de modo que puede afirmarse, sin temor de equivocarse, que los efectivos reales del enemigo en los comienzos de la campaña excedían en más del doble á los nuestros.

El que en los días que siguieron á la declaración de guerra hubiese recorrido la frontera habría quedado

(6) Comandante Schneider, *Le Second Empire à Saint-Cloud*, pág. 18.

sorprendido en presencia de un contraste singular, pues así como en el lado de Francia se veían campamentos animados, continuos movimientos de tropas y preparativos que parecían señal de ofensiva inminente, á la otra parte de la línea aduanera, en la otra orilla del Sarre y del Lauter, no se observaba ninguna ostentación de fuerzas y si únicamente algunas guarniciones que patrullaban por los alrededores de Sarrelouis, Sarrebruck y Landau. Toda la actividad se concentraba en las grandes ciudades del interior de Alemania, adonde afluían los hombres de la reserva, que generalmente residían no lejos de su regimiento y acudían á aquéllas, en virtud de la orden de movilización, para uniformarse, armarse y equiparse; de este modo cada cuerpo podía completarse en un mismo lugar y por entero. Los prusianos, dando pruebas desde hacía mucho tiempo de gran previsión, se habían dedicado á prevenir toda clase de confusiones; y si bien hubo algunas intermitencias, el triunfo hizo que se dieran al olvido.

La movilización, que era obra de regularidad y de buena organización, quedó casi terminada en 26 de julio. Reunidas las tropas en su punto de reunión y provistas de todo, faltaba sólo enviarlas á los sitios en donde habían de concentrarse para las operaciones: la principal labor de la administración militar estaba concluída, y comenzaba la del comando. Entonces surgió el Sr. de Moltke.

Todos los estudios de este caudillo habían tenido como objetivo Francia, contándose entre sus obras doce memorias escritas desde 1857 á 1870, en las cuales calculaba nuestras fuerzas y nuestras debilidades y buscaba á lo largo de nuestras fronteras los puntos más vulnerables. En su concepto, el éxito de la guerra había de depender en gran parte de la dirección más ó menos precisa que se imprimiese á los primeros movimientos de los ejércitos; y dominado por esta idea, consagraba toda su vigorosa inteligencia á evitar que el azar desbaratara las combinaciones preparatorias de la invasión. El punto escogido para la concentración del ejército fué la porción Sudeste de las provincias renanas y el Palatinado bávaro, es decir, aquella especie de triángulo cuya base formaba la frontera francesa y cuyos lados estaban constituidos por el Mosela y por el Rhin.

El éxito debía depender en parte de la buena organización de los transportes. Moltke, que había sido uno de los primeros en apreciar toda la importancia militar de los ferrocarriles, había procurado que se multiplicaran los ramales y que se establecieran dobles vías; aparte de lo cual un reciente reglamento había dispuesto en principio la completa subordinación de todos los transportes mercantiles á los militares. En el momento de la guerra, numerosas líneas conducirían hasta el Rhin á los contingentes de las provincias meridionales y de la Alemania del Sur; desde allí, dos líneas que atravesaban el río llegaban hasta Neunkirchen y por una prolongación hasta Sarrebruck; otras dos iban á Landau y continuaban hasta las orillas del Lauter, es decir, hasta dentro del territorio alsaciano; y, por último, de la línea de Colonia á Aquisgrán destacábase un ramal, todavía incompleto, que se prolongaba hasta Call en la dirección de Tréveris.

Aquellas inmensas masas de hombres, de caballos y

de material que los trenes conducían hacia el Rhin distribuyéronse, según el plan de Moltke, en tres grandes ejércitos (1). El I.^{er} ejército, mucho más débil que los otros dos, ya sólo se componía de 60.000 hombres, estaba formado por los cuerpos VII.^o y VIII.^o y fué puesto bajo las órdenes del anciano mariscal Steinmetz; había de concentrarse en la región de Tréveris, y protegido en parte por los territorios neutrales de Bélgica y Luxemburgo, debía operar en la extrema derecha de las posiciones alemanas. En el extremo opuesto, es decir, en el ala izquierda, estaba el III.^{er} ejército, formado por los cuerpos V.^o y XI.^o, por los dos cuerpos bávaros y por las dos divisiones wurtemberguesas y badenses, con un total de 130.000 hombres; mandábalo el príncipe real, y su principal punto de concentración había de ser Landau, esa pequeña ciudad del Palatinado bávaro que confina con Alsacia. En el centro, es decir, entre el ejército de Steinmetz y el del príncipe real, había de concentrarse el II.^o ejército, cuyo mando estaba confiado al príncipe Federico Carlos: era éste el más fuerte de todos, puesto que comprendía, además de la guardia, los cuerpos III.^o, IV.^o, IX.^o, X.^o y XII.^o, que habían de constituir, una vez reunidos, un contingente de 194.000 hombres, y su objetivo era la línea de Neunkirchen-Homburgo. Además de estas fuerzas quedaban disponibles los cuerpos I.^o, II.^o y IV.^o que habían de ser conducidos al teatro de la guerra á medida que lo permitieran los medios de transporte.

En una memoria de 1858 Moltke había escrito: «El modo más seguro de defender el suelo natal es defenderlo fuera de sus fronteras;» y esta máxima tenía para los militares alemanes el valor de un axioma. Sin embargo, en medio de sus fríos y silenciosos ardores, un temor asaltaba al anciano estratégico y le obligaba á moderar sus audacias: desde hacía mucho tiempo había previsto que, en caso de conflicto, sus adversarios tan impetuosos como él, aunque de impetuosidad muy diferente, intentarían tal vez precipitar los acontecimientos y ser ellos los invasores, cosa que podrían hacer de dos maneras, bien atravesando el Rhin por las inmediaciones de Estrasburgo y separando la Alemania del Norte de la del Sur, bien penetrando en el Palatinado y tratando de trastornar la concentración alemana. Las tradiciones de las antiguas guerras y la índole del temperamento nacional daban cierta verosimilitud á esta eventualidad; y los temores se acentuaron cuando el estado mayor general prusiano supo que los franceses, sin esperar sus reservas, enviaban precipitadamente á la frontera sus efectivos presentes en filas. Tal precipitación sólo podía explicarse lógicamente por el propósito de una ofensiva fulminante, é hizo creer que Lebœuf sería en la guerra tan fogoso como Gramont en la diplomacia.

En el territorio badense la alarma había sido grande: hízose volar una de las pilas del puente de Kehl; se destruyeron apresuradamente todas las barcas, todos los puentes rotatorios, todos los medios de pasar el río que existían entre Huninga y Lauterburgo; las muni-

(1) Para mayor claridad del relato designaremos con cifras romanas los ejércitos ó cuerpos alemanes, y con números arábigos de palo más grueso las divisiones, regimientos y batallones de los mismos. Para los cuerpos y regimientos franceses emplearemos indistintamente las cifras ordinarias.

cipalidades organizaban guardias voluntarias; y se hacían todos los preparativos para convertir en impracticables los caminos de hierro y las carreteras que daban acceso á la Alemania del Sur. En medio de esta ansiedad, Moltke, atento y sereno, se preparaba para dos contingencias, según que los franceses, juntándose en Alsacia, atravesaran el Rhin, ó que, concentrándose en Lorena, invadieran el Palatinado.

El plan de defensa contra un ataque francés que se iniciara allende el Rhin y continuara por la Selva Negra, había sido discutido en 1868 en Berlín, en varias conferencias entre el jefe de estado mayor prusiano y los plenipotenciarios militares de Wurtemberg y Baviera, y consistía, según frase de Moltke, en una *defensiva indirecta* (1): algunos de los cuerpos prusianos, desviándose de su primitivo itinerario, deberían situarse en el Mein y en el Neckar en donde reunirían á los bávaros, á los wurtembergueses y á los badenses y, dejando avanzar al invasor, operarían sobre sus comunicaciones, obligándole á retirarse inmediatamente. Tal era el proyecto de Moltke, proyecto muy estudiado, mas no por esto infalible, porque si los franceses invadían bruscamente el territorio alemán, sorprenderían quizás en mitad de su marcha á los contingentes de los Estados medios, los fraccionarían é impedirían que ninguno de ellos se juntase con los cuerpos prusianos.

Las prudentes temporizaciones de Austria disminuían mucho las probabilidades de éxito de las operaciones en la Alemania meridional, así es que después de algunos días de alarma las poblaciones badenses se tranquilizaron. Quedaba la otra ofensiva, la que podía realizarse al otro lado del Sarre.

Moltke, que no creía en una invasión hacia el Sur, creía, en cambio, en un ataque por la parte del Palatinado, juzgando que los franceses no habrían abandonado tan precipitadamente sus guarniciones si no hubiesen acariciado la esperanza de una sorpresa estratégica. Esta creencia, sin embargo, no alteraba su sangre fría; así es que día por día calculaba las marchas del enemigo, y en un despacho dirigido al rey en 22 de julio decía que los franceses, si desplegaban mucha actividad, podrían encontrarse en la región de Kirchheimbolanden el 28, y el 30, á lo sumo, acercarse á Maguncia y á las orillas del Rhin. Al llegar á este punto de su comunicación, el mariscal hacía alto y con un aplomo fundado en cálculos casi infalibles escribía estas palabras claras y lacónicas: *Una vez allí, se estrellarían.*

En efecto, todo estaba combinado para quebrantar el impetuoso arranque de los invasores, quienes se encontrarían con un doble obstáculo, un gran río y una poderosa fortaleza. Mas como los franceses podrían acariciar la esperanza de introducir de paso el desorden entre las tropas alemanas en vías de concentración, Moltke se previno contra este peligro. El I.^{er} ejército, el de Steinmetz, protegido en parte por un territorio neutral, no debía temer una sorpresa, y lo propio ocurría con el III.^o, el del príncipe real, que sólo podía verse atacado por las tropas reunidas en Alsacia, poco numerosas y todavía en formación; muy distinta era la situación del II.^o, el cual, si llevaba sus cuerpos hasta la lí-

nea de Neunkirchen, para juntarlos allí, corría el peligro de encontrarse de improviso en medio del grueso de las fuerzas francesas. Para evitar todo riesgo, todo encuentro desfavorable, Moltke decidió que aquel ejército, en vez de concentrarse cerca de la frontera francesa, permaneciera detrás de los otros dos y operase su concentración donde nada tuviese que temer, es decir, en la región de Maguncia. Si los franceses prolongaban su inacción, el centro se uniría á las dos alas; mas si, por el contrario, intentaban la invasión, se *estrellarían* contra el II.^o ejército. Este veía aumentar su contingente de hora en hora, por decirlo así, gracias á la continua llegada de trenes ferroviarios: en los últimos días de julio, los cuerpos III.^o, IV.^o y IX.^o estaban acantonados al Este de Bingen y de Creuznach y entre Maguncia y Worms, y comenzaban á llegar la guardia y los cuerpos X.^o y XII.^o; de modo que dentro de poco aquel ejército del príncipe Carlos había de contar por sí solo 190.000 hombres, y el día en que así fuese, quedaría completamente descartado el peligro de una ofensiva francesa.

Como descartado podía darse ya, al parecer, ¡tan tranquilizadores eran los informes transmitidos por los espías ó recogidos por la caballería en sus reconocimientos! El día 25 de julio, Moltke juzgaba posible y hasta bastante probable la invasión enemiga; cuatro días después, reuniendo todos los indicios, escribía con cierto asombro: «No se tiene todavía idea alguna de ofensiva por parte de los franceses.» Esto no obstante, los prusianos no podían convencerse de que quienes habían llevado con tanta prisa todas sus fuerzas á la frontera, persistiesen en tenerlas allí inmóviles. Al día siguiente observóse la misma inacción y con ello aumentó la sorpresa mezclada entonces con una alegre seguridad: nuestros enemigos comenzaban á presentir, aunque sin poder medirlas en toda su extensión, las inextricables dificultades que nos obligaban á permanecer quietos en nuestros campamentos.

V

El 28 de julio, á las seis de la tarde, el emperador, acompañado del príncipe imperial, hizo su entrada en Metz. Habíase prohibido que las tropas se pusieran sobre las armas y que se hiciera al soberano un recibimiento oficial; por esto sólo acudieron á saludar á Napoleón los generales en uniforme de media gala y el prefecto. A lo largo de la calle Serpenoise había gran número de curiosos en actitud más correcta que entusiasta. El emperador se dirigió á la prefectura, mientras el gran cuartel general se instalaba en el Hotel de Europa.

Apenas llegado, el príncipe celebró consejo, al cual asistieron el mariscal Lebœuf y sus ayudantes-jefes de estado mayor general, Lebrun y Jarrás, y el mariscal Bazaine, que aquella misma tarde había llegado de Boulay. En aquella conferencia no se hizo más que hablar familiarmente de la situación militar y se examinaron los estados de los efectivos que distaban mucho de ser satisfactorios. Bazaine, al ser interrogado, mostróse muy frío y muy sobrio en sus opiniones; mas como el enemigo no se había presentado aún á orillas del Sarre, los allí reunidos siguieron creyendo que nos habíamos adelantado á nuestros contrarios, y esta cir-

(1) *Correspondance militaire du maréchal de Moltke*, tomo I, página 126.

cunstancia fué considerada como motivo de seguridad (1).

Cuando el emperador se retiró á sus habitaciones, encontró los despachos que llegaban de todos lados á la vez y que con monotonía desesperante pedían lo mismo, á saber, hombres, caballos y material. Los desencantos de los últimos días despertaban en las filas del ejército un principio de desconfianza que, en caso de tomar incremento, había de ser fatal para el buen espíritu y para la disciplina. Si hemos de dar crédito al mariscal Bazaine, Napoleón á su llegada pudo ver sobre su mesa de despacho una treintena de cartas anónimas que denunciaban la incapacidad de los generales y solicitaban la sustitución de los mismos.

A la mañana siguiente las tropas se enteraron por medio de la orden del día del manifiesto con que el emperador inauguraba su mando; el estilo de aquel documento era pomposo, pero las ideas en él contenidas eran melancólicas: «Vais á combatir, decía el emperador, contra uno de los mejores ejércitos de Europa;» y añadía que la lucha sería larga y penosa y tendría por teatro lugares erizados de obstáculos y de fortalezas. El recuerdo de los triunfos de África, de Crimea, de Italia y de México apenas derramaba un poco de luz sobre aquellas sombrías perspectivas. Napoleón citaba los gloriosos recuerdos que dejaron sus antepasados, ponía por testigo al universo que tenía los ojos fijos en Francia, y terminaba, como de costumbre, invocando al Dios de los ejércitos.

Mientras los soldados, medianamente confortados, comentaban el documento imperial, el emperador, dando comienzo á su inspección, se dirigía á Saint-Avold, en donde encontró al general Frossard y también al mariscal Bazaine, comandantes del 2.º y del 3.º cuerpo respectivamente. De la conferencia allí celebrada resultó la resolución prudente de aproximar unos á otros los cuerpos demasiado diseminados en la frontera de Lorena y de escalonarlos á lo largo de la línea de Metz á Sarrebruck. La ejecución de este acuerdo debía comenzar el día 31 por la mañana: el 4.º cuerpo pasaría de Thionville á Boulay; el 3.º, que estaba en Boulay, avanzaría hacia Saint-Avold; y el 2.º, que se encontraba en este último punto, se distribuiría por los alrededores de Forbach. Este comienzo de concentración ¿sería el preludio de una vigorosa ofensiva? Respecto de esto los propósitos vacilaron, y el emperador, que de pronto pensó en un golpe de mano contra Sarrelouis, luego se inclinó á un movimiento hacia Sarrebruck.

Napoleón regresó á Metz: inexperto en la guerra, tubeaba entre los varios consejos que le daban; pero, aun aparte de esto, las noticias que recibía y el espectáculo que se ofrecía á sus ojos habrían turbado un espíritu menos irresoluto que el suyo.

Los reservistas iban compareciendo, bien que lentamente, de modo que todavía no alcanzaban á la mitad de los que debían ser, y muchos de ellos llegaban fatigados del largo viaje que les habían obligado á hacer desde su domicilio á su depósito y desde éste á su regimiento, y más estaban necesitados de descanso que dispuestos á combatir. Unas veces la penuria de los almacenes, otras la prisa por poner en movimiento los

(1) Jarrás, *Souvenirs*, pág. 58.

destacamentos, habían sido causa de que aquellos soldados partieran antes de estar completamente equipados, lo cual originaba retrasos y empréstitos que habían de disminuir los recursos de la plaza de Metz. La modificación del armamento era causa de otra dificultad, pues los soldados, licenciados desde hacía mucho tiempo, ignoraban en su mayoría el manejo del fusil Chassepot, de manera que al volver á sus cuerpos después de una larga ausencia no eran otra cosa que verdaderos quintos.

Las insuficiencias numéricas durante largo tiempo disimuladas ó negadas comenzaban á mostrarse con la claridad de la evidencia, y probaban que el ejército del Rhin, aun contando con todos los reservistas, no llegaría nunca á 300.000 mil hombres, incluso los no combatientes. Esto hizo que surgiera el proyecto de aumentar las filas del ejército activo incorporando á él la guardia móvil; pero el emperador contestó lacónicamente al general Jarrás que se había atrevido á aconsejar este expediente: «Esto es contrario á la ley.»

A fuerza de órdenes apremiantes y repetidas llegaba el material, pero con harta frecuencia por fracciones distintas. En las dependencias de la estación de Metz amontonábanse cajas y fardos y entre aquel desorden y en medio de una gran excitación general discutían los intendentes, los oficiales de administración, los jefes de tren y los agentes de la compañía. Las costumbres de centralización y el temor de la responsabilidad contribuían á complicar la situación; y por falta de instrucciones concretas los vagones sin descargar se iban acumulando en los apartaderos, no estando lejano el día en que, en parte por incuria y en parte por aturdimiento, se dejaría de utilizar hasta los recursos de que se disponía.

Los generales y los jefes de servicio que por sus funciones habían de ir á Metz se asombraban de aquel desorden y en toda la ciudad observaban una agitación febril que nada de común tenía con la actividad. Y su sorpresa se trocaba en estupefacción cuando penetraban en el Hotel de Europa en donde estaba instalado el gran cuartel general: allí afuían los proyectos y los contraproyectos, y de allí partían incesantemente órdenes y contraórdenes; los oficiales de estado mayor se esforzaban en vano en traducir las sucesivas voluntades del mando supremo; y la ambigüedad de los telegramas que se cruzaban aumentaba la confusión de las ideas, haciendo que lo obscuro no tardara en hacerse incomprendible. El exceso de la perturbación engendraba recriminaciones que acababan de complicarlo todo; y cuando las dificultades se hacían inextricables, los generales y los jefes de cuerpo, desesperanzados de poder concretar lo que no acertaban á comprender, decían á sus subordinados: *arrégdense ustedes*, frase que se repetía en los distintos grados jerárquicos, lo cual era la manera de que las cosas se embrollasen más y más. Los sitios que una severa consigna hubiera debido guardar de miradas indiscretas, estaban abiertos á todas hoñas y para cualquiera: extranjeros, turistas, empleados, esposas de militares entraban libremente en el patio del hotel y subían sus escaleras, y entre estas idas y venidas aparecían los corresponsales procedentes de todos los países del mundo. Un día el corresponsal del *Standard* se jactó de conocer todo lo que pasaba en el cuartel

general, y aunque se le detuvo, esta medida resultó tardía, pues al día siguiente aquel diario publicaba la composición exacta del ejército, la indicación de los regimientos, los nombres de los generales y la situación de todos los cuerpos en la frontera (1). El Hotel de Europa y el de Metz, que estaba enfrente, en donde se alojaban muchos oficiales generales ó superiores, albergaba huéspedes más peligrosos aún que los periodistas: en efecto, unas veces bajo la apariencia de turistas, otras bajo la librea de criados, pululaban en torno nuestro los espías de Prusia. Este espionaje estaba favorecido por nuestra indiferencia y por la facilidad de cruzar la frontera; y el acento tudesco, que en cualquier otra parte habría llamado la atención, no despertaba sospechas en un país en donde era de uso común la lengua alemana. De este modo se comunicaba día por día y fielmente al enemigo todo lo que nuestra confiada inexperiencia no se tomaba el trabajo de ocultar.

Cuando en aquellos días la misma proximidad del peligro hizo abrir tardíamente los ojos, pudieron observarse intenciones muy laudables para poner nuevamente en vigor los reglamentos que habían caído en desuso, y del gabinete del emperador salió una verdadera nota enciclopédica llena de juiciosas disposiciones. El mariscal Leboeuf, en una especie de circular dirigida á todos los comandantes de cuerpo, les exhortó á que hicieran maniobrar á su caballería, á que practicaran reconocimientos y á que exigieran una relación de lo que en estos reconocimientos se viera, recomendaciones muy prudentes, pero tan sencillas que parecían de sentido común y, por consiguiente, que no era necesario recordarlas. «Ejercitad á vuestras tropas á guardarse, añadía Leboeuf, porque antes de poco se encontrarán delante de un enemigo que, desde hace mucho tiempo, se ha dedicado á practicar en época de paz el servicio de seguridad en los campos, vivaques y acantonamientos.» Y como si tuvieran largo tiempo por delante, el jefe del estado mayor general agregaba: «Que en todos los cuerpos se den explicaciones teóricas sobre esto y, en lo posible, que se hagan ejercicios.» Distribuyéronse algunos folletos, unos para demostrar las ventajas del fusil francés sobre el alemán, y otros para reunir las principales reglas de la táctica. Esta prisa por recuperar el tiempo perdido se parecía al trabajo desesperado de ciertos estudiantes en vísperas de exámenes; pero el esfuerzo intensivo que raras veces logra salir vencedor en éstos, raras veces también determina el triunfo en las batallas.

Aquel estado de preparación incompleta difícilmente había de permitir las grandes operaciones activas: «Empiezo á temer, escribía el mariscal Leboeuf al general Dejeán, que no tendremos ni las ventajas ni los honores de la ofensiva.» En el entretanto, en París el público esperaba el parte de una victoria; y la Europa, á quien hacía poco sorprendiera nuestra precipitación, comenzaba á extrañar nuestra inercia. Aunque muy imperfectamente equipado y numéricamente débil, nuestro ejército, con sus cuadros sólidos y sus veteranos aguerridos, ofrecía un aspecto soberbio. Los oficiales instruidos que conocían á fondo los nuevos métodos

(1) Véase coronel Fay, *Journal d'un officier de l'armée du Rhin*, pág. 41.

de guerra, y los generales que buscaban en vano un pensamiento director, sentíanse devorados por la ansiedad; y la masa, á quien el recuerdo del pasado y el sentimiento de su valor infundían doble confianza, no dudaba de que la fortuna sería favorable á las armas francesas. El emperador, imposibilitado de tomar una ofensiva seria, quiso hacerse la ilusión de que la tomaba y comunicar esta ilusión á Francia; y si no se penetraba muy adentro del territorio enemigo, por lo menos le cabría al ejército la satisfacción de haber llegado hasta él. En la conferencia celebrada en Saint-Avold en 29 de julio, el emperador había discutido el proyecto de un ataque contra Sarrebruck; la ejecución de este plan había de ser el primer acto de la campaña.

VI

Sarrebruck es una pequeña ciudad abierta, asentada sobre ambas orillas del Sarre que la divide en dos partes: en la orilla izquierda está la ciudad propiamente dicha; en la derecha, los edificios de la estación ferroviaria y el arrabal de San Juan. Al Sur y en la dirección de la frontera, que dista apenas una legua, alzábanse varias colinas, en una de las cuales había el *Exercier-platz* ó *campo de maniobras*. La ciudad de Sarrebruck, poco importante por sí misma, lo era por las carreteras que en ella confluían, por su posición sobre el Sarre y principalmente por su ferrocarril, ya que estaba situada en la intersección de dos vías férreas, la línea de Sarrelouis y la gran línea que, procedente de Neunkirchen, había de lanzar sobre la frontera á la mayor parte de las tropas que venían del Rhin.

Apoderarse de aquel punto era cosa que valía la pena, pero con tal que se terminase la empresa, es decir, que se destruyeran la vía férrea, la estación y el telégrafo, que se guardaran fuertemente los puentes ó se les hiciera volar, y que las tropas se extendieran en un radio bastante vasto para reconocer las fuerzas ó los propósitos del adversario. El resultado de ello, muy apreciable aunque no decisivo, sería introducir cierta perturbación en la marcha de los ejércitos alemanes é interceptar uno de los principales puntos de paso por donde el enemigo podría entrar en territorio francés.

La operación, discutida el 29, volvió á serlo el 31 en un consejo celebrado en Forbach: Bazaine la desaprobó fundándose en que nuestra organización era demasiado incompleta para que pudiéramos acometerla con el vigor necesario; Leboeuf reconoció la utilidad de la misma, pero pidió que nos aprovechásemos de la victoria, es decir, que nos atreviésemos á pasar el Sarre y á destruir el ferrocarril, atrevimiento que, con ser tan modesto, aun fué considerado como audaz en demasía. Entre ambas opiniones extremas prevaleció una opinión media, que consistía en llevar á cabo la empresa, pero limitándola á la orilla izquierda del Sarre, lo cual equivalía á esterilizar anticipadamente el triunfo. Fuese cual fuere el éxito, el único resultado había de ser, pues, el parte que se enviaría á París.

La pequeña guarnición de Sarrebruck se componía de un batallón de infantería, de dos ó tres escuadrones y de una poca artillería; más atrás estaban acantonados otros tres batallones con algunos destacamentos de húsares y de hulanos. Estas escasas tropas, cuya situación